

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

«BARCELONA 9 DE AGOSTO DE 1886»

NUM. 241

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL RAPTO DE PROSERPINA, cuadro de Pablo Schobelt

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados. — El sentido común*, por don R. de V. — *Historias cortesanias: DOS CARTAS* (conclusión), por don Luis Alfonso. — *El brujo de Alcornocal*, por don Juan Tomás Salvany. — *Viaje á Filipinas*, por el doctor J. Montano.

GRABADOS. — *El rapto de Proserpina*, cuadro de Pablo Schobelt. — *Romeo y Julieta*, cuadro de O. Vermehr. — *El Primogénito*, cuadro de M. Volkardt. — *Fuego y estopa*. — *La contadina*, cuadro de Davis. — *Hombre al agua!* — *Camino entre San Juan y Quinablangán*. — *Suplemento Artístico: Bien venido sea Jesús á ser nuestro huésped*, cuadro de Rodolfo Schufter.

NUESTROS GRABADOS

EL RAPTO DE PROSERPINA, cuadro de Pablo Schobelt

La mitología no abunda, ciertamente, en escenas edificantes. A los pintores les importa poco la moral de los asuntos, si éstos se prestan á una forma adecuada á su talento. Suponiendo un artista que conciba con grandeza, ejecute con energía y sazón, digámoslo así, con elegancia; pocos hechos, falsos ó verdicos, le inspirarán un buen cuadro como el que la tradición pagana relata, á propósito de la maña que se dió el dios del infierno para encontrar esposa.

Parece ser (habla el mitólogo) que Plutón, en nada obstante su genealogía, era tan deforme, feo y mal reputado, que ninguna mujer, de prosapia terrena ó olímpica, se resignaba á compartir con él la corona de los dominios tenebrosos. Plutón, como es natural, se quejó á Júpiter, que en este particular era tan inteligente como práctico y poco escrupuloso; el cual Júpiter, comprendiendo el ridículo papel que hacía su próximo pariente, le dió permiso para tomar mujer por derecho de ocupación, que es un derecho algo menos respetable que el nacido de las leyes civiles y canónicas.

No se lo dijo á ningún sordo el rey de los dioses, y catahí que vagando un día Plutón por las inmediaciones del Etna, científicamente ocupado en descubrir los cimientos del volcán, se aperció de una real moza (hija del rey Demeter por lo menos) llamada Proserpina ó Perséfone, que con sus doncellas estaba retozando por aquellos prados, á merced del primer perulero que la codiciase.

Y la cosa pasó en menos tiempo del que se necesita para referirla. Plutón se lanzó hacia Proserpina, la arrebató de entre sus compañeras y se la llevó al infierno... en coche de cuatro caballos; circunstancia que templó notablemente el enojo de la robada.

Esta escena la han reproducido diversos pintores, entre ellos Rubens. El cuadro de Schobelt está bien concebido, aun cuando la figura del dios no guarda gran conformidad con la ortodoxia mitológica. La composición es valiente y hay en ella el necesario movimiento y la animación propia del asunto.

ROMEO Y JULIETA, cuadro de O. Vermehr

No es ciertamente nuevo este asunto, ni por la escena que representa, ni por la manera de representarla. Los célebres amantes de Verona se citan todas las noches en el balcón de la estancia de Julieta, que Romeo escala peligrosamente. En esta difícil situación hablan de sus amores y de sus penas hasta que *canta el gallo*, como dice el autor de la admirable tragedia, en cuyo momento cambian un beso y se separan tristes, muy tristes, porque comprenden que su pasión no puede terminar sino en catástrofe.

Falta, como hemos dicho, novedad en el asunto, lo cual no es un defecto cuando se trata de un hecho histórico ó convertido en tal por la potencia del genio; pero en cambio, ¡cuánta pasión, cuánta poesía en el cuadro de Vermehr! ¡Con qué tristeza desciende Romeo la escalera por la cual ha trepado hasta reunirse con Julieta! ¡Con cuánto amor, con cuál frenesí aprisiona Julieta en sus brazos á Romeo, á fin de prolongar un minuto, un instante, el amoroso coloquio!...

Aparte estas condiciones del cuadro, las más nobles tratándose de transportar al lienzo la pasión de los amantes popularizados por el inmortal dramaturgo inglés, avalora esta obra de arte la misteriosa luz que domina en ella y que imprime un carácter triste á la escena. Los tenues rayos de la luna iluminan el balcón de Julieta, como los poetas se complacen en decir que iluminan las piedras sepulcrales. Vermehr, al inspirarse en una de las escenas del drama, ha preparado al espectador para la catástrofe final.

EL PRIMOGÉNITO, cuadro de M. Volkardt

En este lienzo todo es riente, simpático, noble, inocente. La impresión que causa es profunda, pero agradable; los sentimientos que reproduce son una manifestación de que en todos tiempos, y á despecho de todas las vicisitudes, hay en el fondo del hogar doméstico los elementos de una felicidad superior á todas las fastuosidades mundanas. Unos jóvenes esposos se extasían en la contemplación de su primer hijo. Al contemplar su inefable dicha, tan bien interpretada por el artista, se comprende que no la trocarán por todos los tesoros del mundo. Un autor místico escribió al pie de la imagen de María abrazada al árbol de la Cruz: — *¡Decid si hay dolor igual al dolor mío!*... — Nosotros pondríamos al pie del cuadro de Volkardt: — *¡Decid si hay felicidad comparable con la felicidad de esos padres!*...

Hoy que se tiende á reducir el matrimonio á otro de tantos contratos y en que el hogar doméstico ha descendido muchas veces de santuario á Bolsa en que se cotiza la dicha y hasta la honra de sus moradores; opinamos que nuestro cuadro *El primogénito* debiera fijarse en la puerta de todas las casas habitadas por jóvenes esposos, como nuestros abuelos fijaban en ellas los toscos ejemplares de santos y Gozos, á los cuales atribuían la virtud de cerrar el paso á los malignos espíritus.

FUEGO Y ESTOPA

Este bonito lienzo es realmente notable de expresión. Viendo á esa joven, que se sonríe y ruboriza al mismo tiempo, se adivina la clase de conversación trabada con el *touriste*. La escena tiene lugar al amor de la lumbre; sin embargo, el fuego más ardiente no parte de la chimenea. Hay palabras, hay miradas que promueven y propagan un incendio: esas miradas, esas palabras, las dirige, las pronuncia el huésped de la inocente montañesa. ¡Mala manera, muy mala, de pagar la hospitalidad recibida!...

La actitud de los personajes es natural: sin verse el semblante del viajero se entrevé la fascinación que ejerce en la doncella: hay entre los dos personajes del cuadro cierta analogía con el milano y la paloma; únicamente que en nuestro caso la paloma del mesón no tiene el instinto del peligro como la del aire. Al contrario, todo induce á sospechar que, cual la mariposa, se abrasará en el calor de la llama de que no se siente con fuerzas para huir. Esto ha querido decir el artista, y en esta ocasión no cabe aquello de: *Si lo quisiera decir, ¿por qué no lo dijo?*

LA CONTADINA, cuadro de Davis

Buen tipo y buena postura: hay en los ojos de esa muchacha fuego de Italia, á sus labios parecen agolparse besos que embriagarán á quien los reciba; en su actitud hay esa indolencia, no exenta de dignidad, que parece conservar el último resto de la dama romana de la decadencia.

La contadina no sirve para gran cosa sino es como *modela*: en esta profesión (porque en Roma es tal profesión) no hay quien la supere. Toma con elegancia toda suerte de actitudes, identifica su rostro con toda suerte de pasiones, y lo mismo se transforma en Minerva altiva que en incitante Venus. Si no comprende el arte, lo siente al menos y es el más poderoso auxiliar de quien lo ejerce. Tentados estamos á creer que la hermosa criatura de nuestro cuadro no es sino una *modela* embellecida probablemente. Ello es que la impresión causada es de una mujer que *pone*, como se dice técnicamente.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

BIEN VENIDO SEA JESÚS Á SER NUESTRO HUÉSPED, cuadro de Rodolfo Schufter

Este lienzo ha merecido en Berlín una ovación pocas veces tan grande, pocas veces, empero, tan justificada. Mucho aliento y mucha confianza en las propias fuerzas debía tener el autor para tratar un asunto en el cual el realismo y el espiritualismo habían de combinarse de tal suerte que bajo una forma rigurosamente humana se destacara un sentimiento y hasta una figura esencialmente divina, compenetrándose lo material y lo maravilloso de tal suerte que lo uno no perjudicase á lo otro bajo ningún concepto.

Para estimar en lo que vale esta obra, portento de expresión, hay que inquirir qué asunto se ha propuesto tratar su inspirado autor; asunto que, á nuestro ver, no es sino la apoteosis de la caridad ejercida por el pobre. En una mansión que pasa de modesta, una numerosa familia va á reparar sus fuerzas con una cena verdaderamente frugal. Es muy probable que en esa familia abunde más el apetito que los manjares, y que la inesperada presencia de un huésped acorte una ración de suyo escasa. Pero el cristiano no repara en sus propios sacrificios; un pobre es para él la imagen del Dios que también fué pobre; Jesús ha entrado en la casa del humilde; pero en esta casa hay tesoros de caridad.

Como se ve, el propósito del artista es de un sabor bastante parecido á las baladas de sus compatriotas y aun tal vez alguna de estas composiciones haya inspirado tan sorprendente cuadro. Examinándolo detenidamente la admiración sube de punto en cada figura que se estudia, asombrosas todas de expresión, de actitud, de verdad, de sentimiento. Es una obra de empeño colosal, ejecutada con tal maestría, que no dudamos en calificarla de modelo no superado de la escuela naturalista.

EL SENTIDO COMÚN

Allá por los tiempos del rey que rabió, y no dicen los historiadores si al norte ó al sur de Europa, había un suntuoso castillo que se elevaba sobre una empinada cresta semejando, según la expresión de uno de los más galanos de los poetas de la época, un nido de águilas suspendido sobre el abismo.

La castellana de aquella fortaleza sólo había tenido un profundo pesar en medio de las grandes satisfacciones de que siempre se vió rodeada. Este dolor había sido la pérdida de su esposo, valeroso guerrero muerto en campal batalla por otro señor feudal de aquellos contornos que había tenido la incalificable avilantez de querer apropiarse uno de los veintitres roeles de oro que sobre campo de gules componían el escudo nobiliario del ilustre muerto.

Sin embargo, fuerza es confesar que la pena de la alta castellana, que sabido es que en las leyendas todas las castellanas son altivas, había encontrado en dos cosas su lenitivo: la primera en la justicia de la causa porque había muerto su muy amado esposo y la segunda en el nacimiento de un heredero de los veintitres roeles que quedaban á su escudo.

Verdad es que si hemos de dar crédito á los empolvados cronicones y á los roídos pergaminos que hemos tenido que consultar para escribir esta verdadera historia, el ilustre vástago de aquella no menos ilustre casa, manifestó desde sus primeros años una precocidad verdaderamente asombrosa.

Contraviniendo las añejas costumbres de sus antepasados y comprendiendo su madre que aún más que por el valor que con su sangre había heredado, estaba llamado á figurar en los anales de su patria como modelo de ingenio, no dudó en encomendarle á los cuidados del capellán del castillo con el fin de que le procurara una educación tan sólida como brillante. De los rápidos adelantos que hizo el rapaz, sólo diremos que aún no tenía éste cumplidos los diez y siete años y ya conocía cuatro de las cinco vocales de que se compone el alfabeto.

Esto ya era para inspirar serios temores, á quien sabía que la excesiva precocidad del entendimiento puede ejercer una influencia perniciosa sobre la parte física del individuo; pero cuando la alarma subió de punto fué cuando el joven señor comenzó á aplicar á la vida práctica los opimos frutos de su talento.

Oyó un día decir que la cosecha de sus viñedos, á los que tenía particular afición á causa del excelente vino que producían, se había perdido por las inclemencias de los hielos y los pedriscos, y saltado de súbito por una luminosa idea, hizo arrancar una por una todas las cepas y las trasplantó á los más resguardados salones de su castillo.

Tenía puestos los ojos en un soberbio caballo de silla, único que montaba, y sabiendo que la alimentación es la base de la salud decidió afinarle el pelo haciéndole comer faisanes dorados y tencas rellenas de anchoas en vez de la paja y cebada que le servía de alimento. El caballo, no acostumbrado á tales regalos, empezó á enfermar; pero

él oyó decir á su preceptor que los egipcios conservaban á sus antepasados por medio del enbalsamamiento y sin escuchar impertinentes objeciones, relleno al antes brioso corcel de los más ricos aromas y de los más costosos perfumes.

Ante tan poco comunes rasgos de ingenio, la castellana tembló por la suerte de su tierno vástago y decidida á atajar el mal se resolvió á convocar una asamblea compuesta de los más profundos teólogos de algunos centenares de leguas á la redonda.

La asamblea duró setenta y cinco días, al cabo de los cuales, los doctores probaron con copiosísimos textos tomados de los Santos Padres y de la filosofía de Aristóteles, que no habían logrado entenderse. Sólo un anciano, que no había tomado parte en ninguna de las setenta y cuatro sesiones anteriores manifestó que él creía haber encontrado el remedio.

Apremiado á que hablara, expuso sin valerse de formas oratorias que lo que podía remediar la perniciosa precocidad del ilustre enfermo era una sola píldora de sentido común, pero manifestó al propio tiempo que creía difícil se encontrasen los simples que debían componer la preciosa medicina.

Los teólogos que habían agotado ya el vasto repertorio de su erudición no deseaban otra cosa que retirarse, y asintieron al parecer del preopinante, no creyendo, sin embargo, fuera tan difícil encontrar las drogas apetecidas, y proponiendo cada cual un sitio donde debían irse á buscar.

Aquel mismo día, un crecido número de pajes, escuderos y correos extraordinarios partieron del castillo á las más apartadas regiones; y al cabo de algunos meses empezaron á aparecer.

El primero que llegó venía nada menos que de la docta universidad de Montpellier y después de manifestar que la petición no había podido parecer más sencilla á los doctos varones que explicaban las más enrevesadas ciencias en aquel centro del humano saber, sacó del fondo de la ropilla una redoma de cristal que llevaba en un rótulo escritas estas palabras: *La sabiduría es todo*.

Con grandes precauciones se destapó la vasija, temerosos de que de ella se escapara algún espíritu maligno, y con gran sorpresa se vió que el contenido no salía á pesar de haberse quitado el bien lacrado corcho. Rota la redoma sólo se encontraron unos trozos de pergamino muy delgados en los que había escritos tres apotegmas de Hipócrates y unas cuantas sílabas cabalísticas con más unas cinco ó seis dracmas de pedantería y como cosa de tres escrúpulos de erudición.

Vano fué el intento de querer hacer con aquello la píldora apetecida; los ingredientes ligaban tan mal que hubo que renunciar á la empresa.

En pos del primer mensajero llegaron otros varios. Los unos venían de la India y traían unas hojas de flor de loto, una pequeña cantidad de agua del Ganges y las primeras letras de cada uno de los capítulos de los libros Védicos; los otros venían de España y mientras unos habían recogido entre los restos de las escuelas de Córdoba media docena de suros del Corán, los otros traían una mordaza y unos leños para hacer una hoguera que les había facilitado un inquisidor modelo de sabiduría y de santidad.

Todos estos cachivaches daban un resultado tan idéntico que no hubo necesidad de hacer la experiencia más que con el primero de ellos para convencerse de la inutilidad de proseguir.

Cuando aquella decepción iba abatiendo el ánimo de la castellana llegó otro de los correos, que á lo que parecía había buscado la medicina por mejor camino. Venía de una docta asamblea de sabios cuya única misión era mantener el lustre del idioma de su país y había entregado al mensajero un libro perfectamente cerrado en que aseguraban estaba contenida la receta de la medicina que se buscaba. En la cubierta del infolio había escrita esta máxima: *No aspire á saber nada mientras no aprendas tu idioma*. La castellana se hostió con rapidez, pero apenas vió que no había una sola página que no estuviera plagada de garrafales faltas gramaticales y ortográficas renunció á buscar en él la receta anunciada, y al tomar esta determinación, recordando que todos los mensajeros menos uno habían vuelto ya, se dió por vencida.

Mas ¡ay! qué verdad es aquello que de donde menos se espera salta la liebre. Aquel paje de que nadie se acordaba ya, era precisamente el que había recogido la sustancia con tanto afán buscada. En vez de recorrer populosas ciudades y centros científicos, habíase dado á vagar por los más solitarios campos y los más yermos desiertos y había acabado por dar con su cuerpo en una especie de Tebaida en que sólo se veía una choza.

Más que el deseo de proseguir sus pesquisas, el de tomar algunos instantes de reposo le hizo entrar en una morada que á pesar de su estrechez no parecía estar exenta de esas comodidades que la naturaleza ofrece benéfica en ciertos climas. Un arroyo que pasaba lamiendo sus paredes de paja ofrecía frescas y cristalinas aguas y hacía crecer en su orilla copudos árboles que brindaban tan apacible sombra como sabrosos frutos.

El único habitante de la choza era un hombre que frisaría ya en los cincuenta años, pero cuyo semblante rebosaba todavía juventud; tal era el vigor, la placidez y la salud que delataban sus facciones.

La acogida que hizo al viajero fué tan cordial que éste no dudó un momento en contarle el objeto de su viaje. El hospitalario huésped le escuchó silencioso y por única contestación le refirió su historia.

Criado en una ciudad musulmana no distante de aquel desierto había pasado una juventud llena de privaciones, pero consagrada al estudio. Hombre ya, la misma oscuridad en que había vivido hizo que el sultán fijara en él sus miradas y deseando tener un primer ministro tan honrado como sabio, le ofreció aquel codiciado puesto. El, sin embargo, buscó las mejores razones que encontró en su mente para renunciarle y logró que en su puesto se nombrara á otro hombre que nada tenía que envidiarle en punto á instrucción y á virtud. Al mes escaso un capricho del sultán dió por resultado el empalamiento del primer ministro.

Poco después de este suceso, uno de los más nobles y opulentos magnates del reino murió dejándole por heredero de sus cuantiosos bienes y de sus títulos nobiliarios; mas él en vez de aceptar la fortuna que se le ofrecía hizo buscar á uno de los parientes del muerto y renunció en él la herencia. A los pocos meses el rico heredero se convirtió en un avaro y soñando en que podrían robarle se volvió loco por no dormir.

Por último, una princesa se prendó de él y le ofreció el trono con su mano. Trabajo le costó librarse de las seducciones de la enamorada princesa, pero sus razones la convencieron al fin y cetro y mano pasaron á las de un gallardo mozo, íntimo amigo del desdeñoso amante. Antes del año de la boda la princesa huyó en compañía de un esclavo, y los vasallos, atribuyendo las dilapidaciones de la reina á su inocente marido, le asesinaron en su mismo palacio.

Estas y otras parecidas aventuras acabaron por impulsar al héroe de ellas á abandonar la ciudad y á buscar el asilo en que le había encontrado el paje, y en el cual vivía con la mayor suma de felicidad.

Al tocar al término de su relato volvióse á su interlocutor y terminó diciendo:

—Ya veis que si en el mundo existe quien haya encontrado el precioso licor que se llama sentido común, sólo puede alabarse de poseerle el que como yo se ha procurado con él la paz y la ventura.

El paje, convencido de aquella verdad, le rogó entonces le diera una sola gota de él y como su huésped no se negara á ello al día siguiente partió muy agradecido llevándose lo que apetecía en una redoma poco más ó menos grande que una avellana.

Al entrar en el castillo de su dueña, lo primero que hizo fué transmitir letra por letra la historia del hombre venturoso que había sabido huir de todos los disgustos de la vida. Todos los que la escucharon convinieron con inmenso júbilo en que por fin se había encontrado el solo ingrediente que había de curar por completo al nobilísimo hijo de la castellana y apremiaron al afortunado mensajero para que le mostrase cuanto antes.

Una vez que todos examinaron la redomilla, se hizo venir al ilustre enfermo; el capellán recitó una breve oración de acción de gracias y con las más exquisitas precauciones se procedió á destapar el frágil receptáculo.

Por espacio de algunos instantes la ansiedad tuvo embargados todos los ánimos, pero al cabo de ellos la más profunda pena sucedió á tantas esperanzas. La redoma estaba vacía. El benéfico licor, no pudiendo soportar la temperatura que allí se respiraba se había evaporado por completo.

Desde entonces no hubo otro remedio que renunciar á la cura del ilustre vástago de cien generaciones de héroes; la altiva castellana murió de pesar de allí á poco, y todo siguió en el mismo estado que hasta allí.

Lo único que haremos constar para consuelo del lector es que según el testimonio de los más graves cronistas á pesar de la incurable dolencia que le aquejaba, el protagonista vivió largos años y aun dejó un heredero de los veintidos roeles de su escudo. En aquellos tiempos, lo mismo que en estos, ciertas enfermedades sólo servían para prolongar la vida.

R. DE V.

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Conclusión)

—¡Ah!—exclamé alborozado, y por un movimiento rápido, casi brusco, me apoderé de una de las manos de Teresa y la besé apasionadamente.

Recordé al punto el efecto que le había causado el jueves la palabra «beso», porque el beso real, aunque en la mano, le trastornó de manera que pensé que se desvanecía.

Recobróse merced á la energía que le es propia, y me dijo:

—Le dejo á V. ocho días de tiempo. Digan lo que quieran, una de las mayores pruebas de amor que puede dar un hombre, es dejar una mujer joven, guapa, de especiales atractivos y de la que es dueño, por otra que, en resumidas cuentas, es, cuanto más, una esperanza. Si en la semana de plazo, V. rompe completa y definitivamente con Calipso, vuelva V. aquí el mismo día de hoy y á la misma hora. Si halla V. alguna excusa para mantener, aunque sea por días, esas relaciones, no se canse V. en venir... ¡Ah! para mi seguridad es preciso que el jueves asistan Calipso y V. á la tertulia. No haga V. más que

saludarme, pero del modo cómo se porte V. con ella, deduciré yo pronto y bien lo que haya...

—La prueba es dura,—objeté.

—Es cierto; pero ¿caso, sabe V. cuál será la recompensa?

Dijo esto de un modo que me estremecí de pies á cabeza.

—¡No se marche V. aún!—le supliqué.

—Ya habrá V. podido conocer que soy firme en mis resoluciones... Hasta el jueves...

Me tendió la mano; la cogí con las mías y,—te lo aseguro, Leonardo,—poco faltó para que la mordiera: tanto alteraba mi cuerpo el roce aterciopelado de aquella piel, el calor que sentía bajo mis labios.

Teresa, sin moverse, me dejó la mano cuanto quise entre las mías y junto á mi boca. Después, se levantó; entornó el balcón suavemente, me repitió «hasta el jueves» y se perdió tras las cerradas maderas.

Cumplí al pie de la letra sus órdenes; entreveía tal premio á mi sacrificio que ya nada más que Teresa me preocupaba y me importaba. Sin embargo, el trance era amargo; la pobre Calipso no me había dado motivo de querella.

Tuve que inventarlo y que escribirle una carta, á medias bárbara y á medias absurda, donde había el inevitable: «todo ha concluido.»

Calipso no me contestó, pero haciendo de tripas corazón, asistió el jueves siguiente á la tertulia de los de Fueros; el instinto sagaz de la mujer celosa le designaba el origen del daño. Esperaba á más, sin duda, atraerme de nuevo.

Para ello, en vez de mostrarse airada y ofendida, me saludó cariñosa y me pidió, me rogó, sin importarle que lo notaran, que me sentase á su lado.

—Necesito que hablemos,—dijo en voz baja y amorosa,—y si en algo te he ofendido ó molestado, que me perdones...

Habilidad ó cariño, aquella manera de tratar de recuperarme era verdaderamente muy peligrosa para mi promesa. Quedé perplejo, ¿cómo negarme á hablarla? Me senté junto á ella.

Por fortuna apareció Teresa en el gabinete donde estábamos; salía del despacho. Su vista me dió bríos; las dulzuras de Calipso se deshacían al sentirme como azúcar en vinagre; sus frases de cariño daban en mí como en piedra fría y dura; estuve heroico, estuve sublime..., como que llegué á estar grosero. Calipso se levantó pálida de rabia, y salióse al balcón para que no repararan en su estado. Yo había hecho cuanto se podía exigir de mí y buscando con la mirada á Teresa la hallé en el salón conversando con un amigo, pero mirándome.

—Si V. me lo permite,—le dije, acentuando las palabras,—me retiraré; ya sabe V. que no estoy bueno.

Sí,—contestó,—basta ya de sacrificio por complacerenos... Retírese V... Hasta la vista.

Me estreché la mano, salí y me alejé calenturiento por la escena violentísima con Calipso y por las vagas esperanzas que su rival me había hecho concebir.

A las dos de la madrugada del siguiente día esperaba yo (no lo habrás dudado) al pie del balcón... Estaba nublado y lloviznaba; con este motivo no transitaba nadie por aquel sitio con gran complacencia mía.

Eran las dos y cuarto y permanecía cerrado el balcón de Teresa: los quince minutos los había contado yo como sesenta.

«Y sin embargo,—me decía yo á mí mismo contestando á preguntas tácitas,—ella no es capaz de burlarme ¡no lo es, no, no!»

En el tercer no, el más fuerte, dudaba ya... Iban á dar las dos y media... ¡dieron!... «¡Me ha engañado!»

Rechinó el balcón; se abrió poco á poco; destacó una figura del fondo negro de la habitación...

—¡Bendita seas!... ¡Cuánto me ha hecho V. esperar!

—Atiéndame V.,—dijo Teresa con voz breve y que por primera vez sonaba algo trémula:—Mire con cuidado si alguien viene por cualquier parte. ¿No? Me alegro... Ahora ponga V. el pie en el suelo del balcón y salte usted adentro... Le espero á usted.

Se retiró y dejó el balcón vacío. Quedé tan aturdido que no acerté á contestar y no me apresuré á subir.... ¡Cómo! el triunfo que apenas me atrevía á esperar como término de larga y costosa lucha, se me ofrecía sin el menor combate!...

¿Qué mujer era aquella?

Salté al cuarto de Teresa, que tal era el que recibía luz de la calle por el balcón que escalé, que estaba apartado de los demás dormitorios de la casa y que era vecino del despacho de D. Ramón.

Dí un paso á tientas en la oscuridad y tropecé con los brazos de Teresa extendidos hacia mí...

Te confío tan grave secreto, mi queridísimo Leonardo, porque conozco perfectamente tu sigilo y tu caballerosidad, pero en una carta, aun dirigida á un amigo como tú, no es posible entrar en pormenores de semejantes entrevistas; la mano... la pluma misma, se resiste.

Sí te diré, porque es esencial que te lo diga antes de pasar adelante, que aquel extraño comportamiento de Teresa no nació de liviandad usual ni muchísimo menos. Oyelo bien: lo que yo logré no fué el fruto de su ligereza, sino las primicias de su amor. En este punto un hombre medianamente experto no puede engañarse y yo no me engaño, Leonardo, no. El estallido formidable de pasión que por mi ventura produce, era la primera erupción de aquel volcán, la primera...

La misma Teresa, con sinceridad ingénita y cruda y sin afeites de ningún género además, me explicaba todo esto en nuestra segunda cita, tres noches después, sentados

ambos en un diván de su aposento y reclinando su cabeza en mi hombro:

—Quizá me habrás juzgado mal,—decía;—motivo tienes poderoso, sin embargo, para juzgarme con alguna indulgencia... No soy por naturaleza casta, tampoco viciosa; tenía hambre de amante, no de hombre. Lo quiero todo en el amor; regatear las caricias me parece miserable. ¿Es lo que hecho pecado? Pues bien, me consumía el deseo de pecar... Pero por más pecado tengo negarte á tí mi honra que otorgar una mirada á un hombre á quien no amase... ¿No repiten los libros que me hicieron leer, que la materia nada significa, y que el espíritu es el todo? Pues si te entrego el alma, que es lo más, ¿por qué he de guardar el cuerpo, que es lo menos?

Toda ella se retrataba en estas tremendas afirmaciones... Creía, según sus creencias religiosas, que se condenaba, pero caminaba con la frente alta y la mirada fija hacia el infierno.

A mí, y no debes de extrañarlo, me tenía enloquecido; nunca había yo hallado, si así puedo decirlo, un deleite de tanto corazón, ni un espíritu con semejantes explosiones de la carne...

El hecho es que fuimos felices sobre toda ponderación más de un mes. Casi todas las noches acudía á la misma hora al mismo sitio; asaltaba el balcón y permanecía en brazos de mi hermosísima amante hasta que apuntaba la luz del día.

Nada había vuelto á saber de Calipso, y á decirte verdad, su silencio y su ausencia me tenían inquieto. Las tertulias de las de Fueros continuaban á pesar del verano y continuaba yo asistiendo á ellas, aunque cuidando escrupulosamente, lo mismo que Teresa, de no infundir la más lejana sospecha sobre nuestros amores. Ningún jueves volvió Calipso y ya no recibí de ella carta ni recado.

¿Se habría conformado por orgullo ó por no haber otro remedio? Difícil lo consideraba y esto mismo sostenía allá en el fondo de mi ánimo algún recelo... La existencia de inefables delicias, que gracias á la pasión de Teresa gozaba, me inducía á no hacer caso de tales celos y muy á menudo me los hacía olvidar.

Eran, por desgracia, fundados. Escucha si no. Una noche entré como todas en el cuarto de mi amada; media hora había pasado allí, cuando de improviso, en la puerta (que ella cerraba siempre por dentro), sonó un golpe que nos produjo terrible sobresalto.

—¿Quién es?—preguntó, sin embargo, Teresa con voz firme.

La de su padre, seca y dura, repuso:

—Yo; te he oído andar y he supuesto que estarías enferma; abre.

El tono de la orden contradecía el pretexto de la llamada y no admitía réplica. Pero apenas la hija de don Ramón hubo reconocido la voz de éste, me señaló el balcón con ademán imperioso y sin pronunciar palabra.

En el momento de saltar yo á la calle decía ella, descorriendo el pestillo:

—Ya abro.

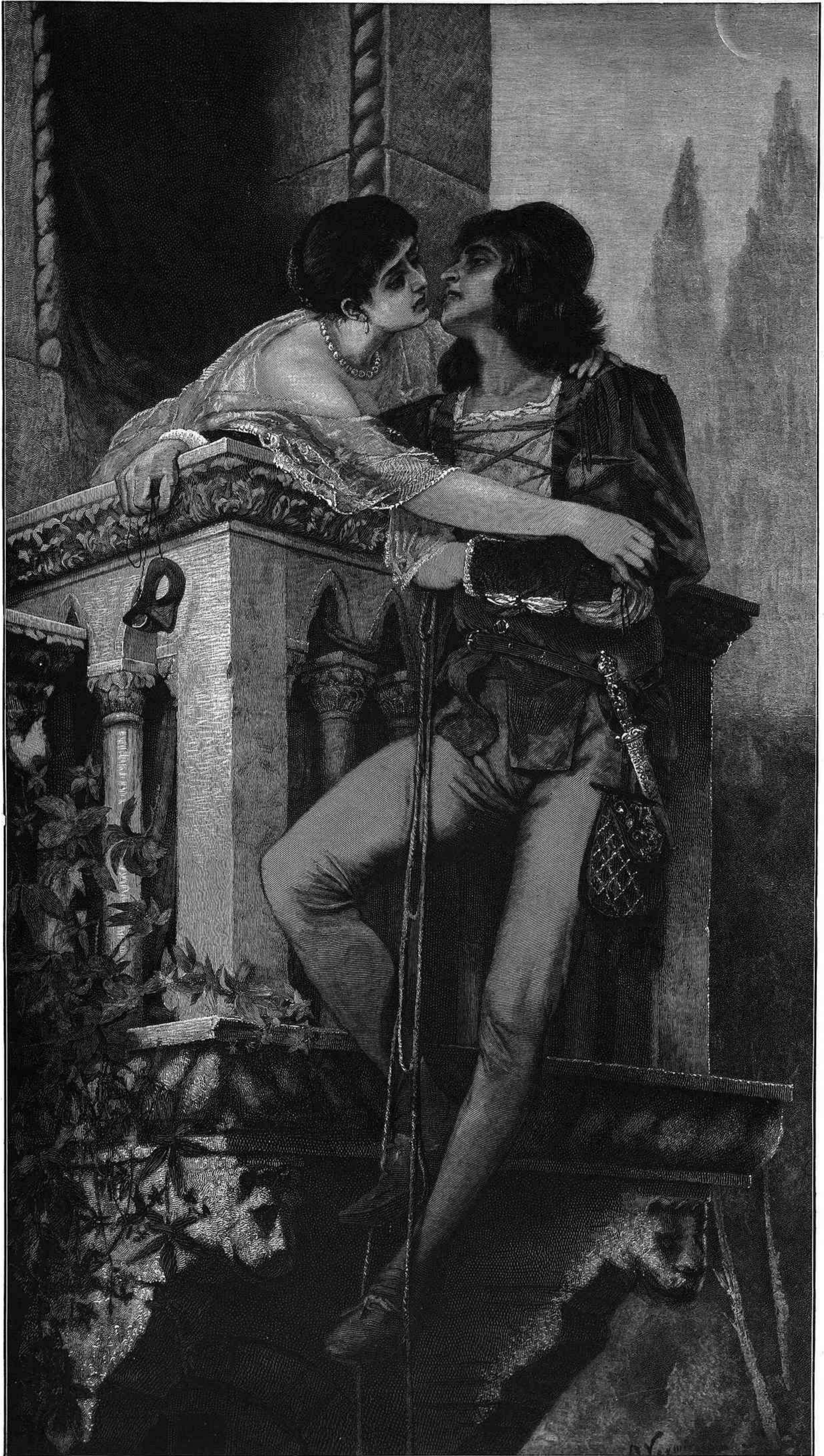
No oí más; cerróse el balcón al momento y yo me encaminé poseído de angustia mortal á mi casa. Permanecí todo el día en ella sin saber qué hacer y al siguiente recibí la carta que copio y en la que te ruego, amigo mío, que te fijes.

«Lo que pasa, Rafael de mi vida, es muy diferente y mucho más horrible de lo que podías imaginar. Mi padre venía seguro de sorprendernos; le habían avisado. Por indicios materiales y por mi instinto seguro de mujer, adivino que que quien nos ha descubierto y delatado es Calipso. Pero no es esto lo que importa: mi padre sabía únicamente que un hombre entraba de noche en mi cuarto. —«Ese hombre,—me dijo,—es, por supuesto, N...» (mi novio)—Quedé aterrada. Mi padre, ya lo sabes, ha creído siempre que aquella escena, casi cómica, del despacho se verificó á costa de mi honor. Hubiera sido inútil negárselo. ¿Cómo pensar otra cosa de una mujer que se halla sola y á oscuras junto á un hombre que le dice apasionadas ternezas? Pero mi padre no puede en modo alguno creer que si he sido liviana ó débil con uno, lo soy también con otro. ¡Ni yo, Rafael mío, puedo consentir que lo crea! ¿Comprendes ahora lo espantoso de mi situación? ¿Comprendes que primero moriré que decirle á mi padre:—«El del despacho era Fulano y el de mi dormitorio Mengano...?» ¡Sería prostituirme y á la vez calumniarme yo misma!... Callé, pues, cuando me habló; callé porque no podía, no debía hacer otra cosa.

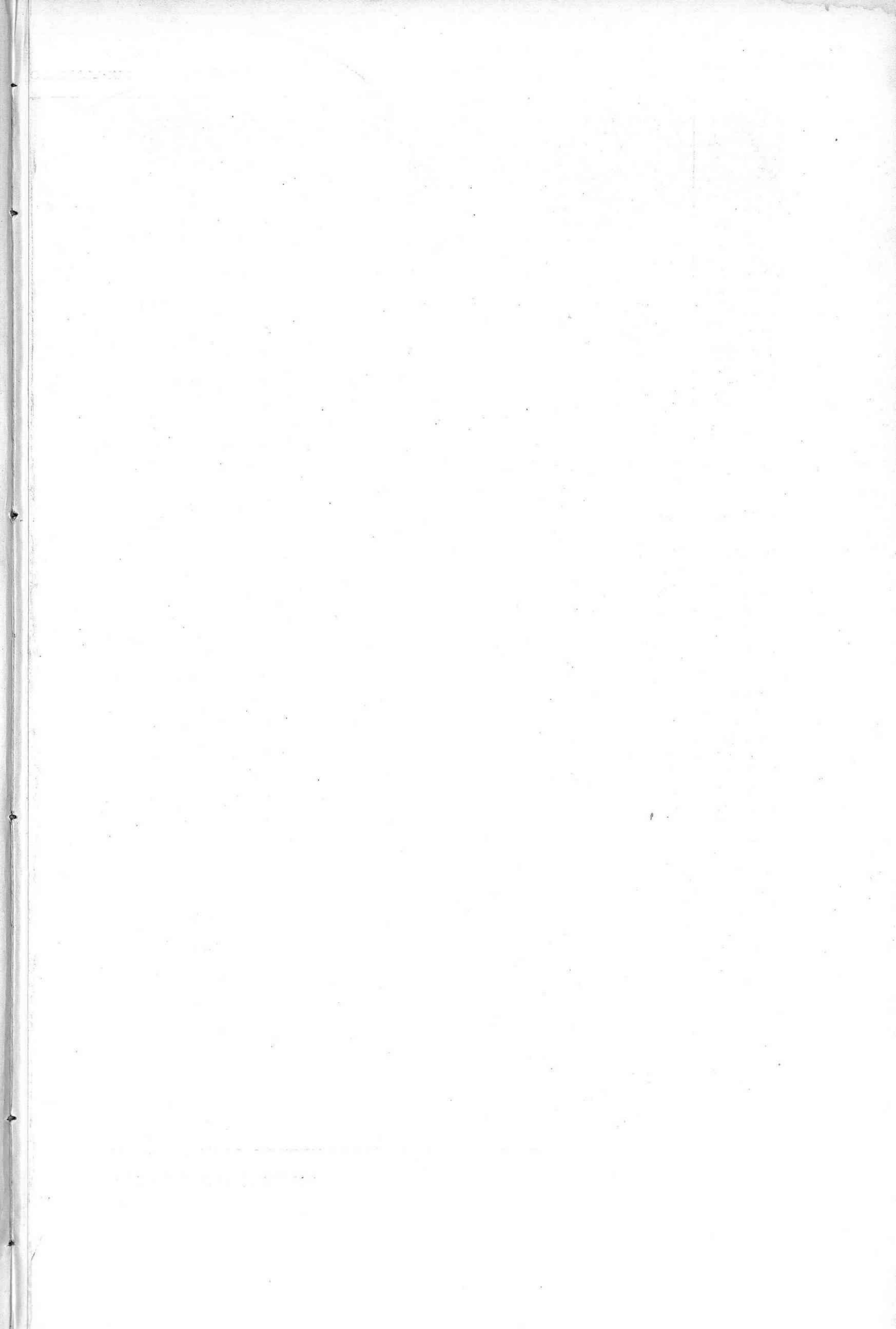
«Mi padre prosiguió:—Aquel día te pedí que te casaras con él; hoy lo exijo. Si tú has querido vivir como una mujer mala, yo he de obligarte á que vivas como las mujeres decentes: casada, no amancebada. Te doy de plazo un mes; entiéndete, pero sólo por escrito, con tu amante, y antes de los treinta días que se haga pública la boda. Hasta entonces ni me hables ni me busques. Adiós.»

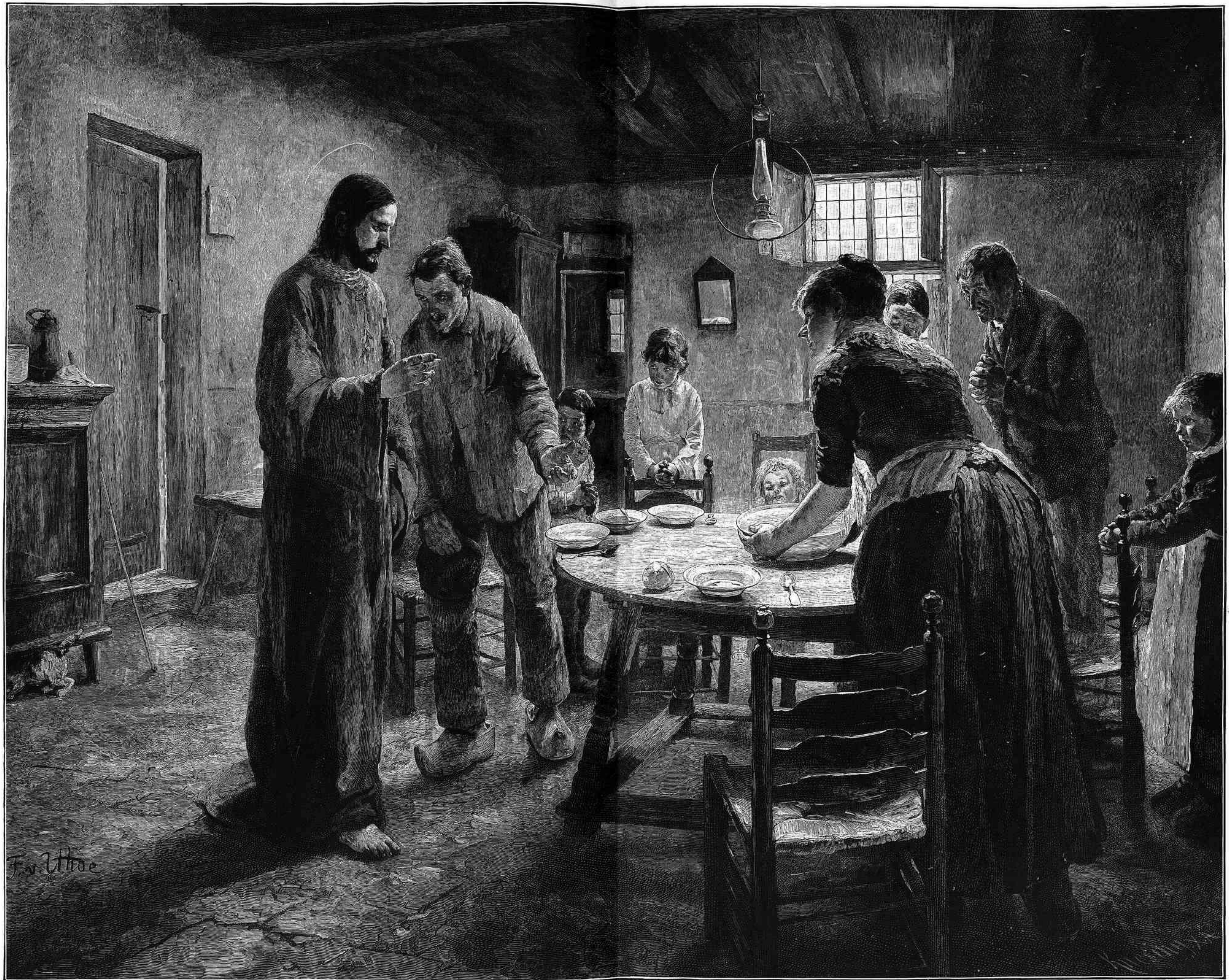
«¿Imaginas, Rafael, mi espanto? ¿Qué recurso me queda? A mi ver, ninguno. Casarme con el otro sería fácil; pronto me pondría en comunicación con él y á la primera indicación, él, tan sencillo y tan leal, se apresuraría á pedir mi mano... ¡Pero si no le amo, si hoy le odio, le maldigo! ¡Si es causa de los tormentos infernales que sufro! ¡Si me parece ahora tan abominable como en el lance aquél me pareció ridículo!... Ven en mi auxilio, Rafael de mi alma; ven tú, mi amante, tú, mi dueño; sálvame, porque fuera de tí no hay salvación ninguna. Piensa y dime si existe algún medio que me libre, ó del casamiento ó de la deshonra más inmundada. ¡Ay de mí! ¡Creo que no lo hay!»

«No podemos ya hablarnos por el balcón y no podemos



ROMEO Y JULIETA, cuadro de O. Vermehrer





BIEN VENIDO SEA JESÚS A SER NUESTRO HUÉSPED, CUADRO DE RODOLFO SCHUFER

F. Schufte



EL PRIMOGÉNITO, cuadro de M. Volkardt



FUEGO Y ESTOPA

tratar por cartas tan terrible asunto. No veo otro recurso sino que vengas el jueves á la reunión, como siempre. De tí mi padre nada sospecha; allí podremos hablar y decidir...

»No quiero terminar estas líneas sin hacer constar, porque quiero que conste, que si, lo que no creo, lo que no quiero creer, la desgracia me obligara á casarme con él, tendría en mí una estatua honrada, pero estatua nada más. Mis recuerdos, mi amor, mis deseos, mi alma, todo, mientras yo viva, será tuyo. Dios sea testigo de esta promesa. Tú me conoces sobrado para asegurar si sabré cumplirla...

»Hasta el jueves, Rafael, primero y único dueño de tu Teresa.»

Recibí en sábado la carta; en el intervalo de aquel día al jueves de la siguiente semana estalló la revolución de Setiembre. Tú sabes qué sagrados compromisos políticos y de gratitud me obligaban á correr á la frontera para acompañar en el destierro á la Señora. Cumplí como súbdito leal y hombre agradecido.

No me atreví á escribir á Teresa. Podía, por mi significación política, interceptar la policía mi correspondencia; podía una circunstancia cualquiera, hacer que en tan aza-

rosos días, se extraviase la carta. Y en esa carta había de estar la honra de aquella mujer. ¡Comprendes que no podía escribir!...

He aquí, mi querido Leonardo, por qué te he dirigido este volumen manuscrito. Era necesario que tú, mi amigo de la infancia, mi confidente único, mi hermano, supieras todo lo ocurrido antes para averiguar lo ocurrido después, desde hace dos meses — ¡dos siglos! — en casa de Teresa, y para aconsejarme en tan espantosa tribulación.

Espero afanoso tu respuesta. ¡Quiera Dios traerme en ella la solución del conflicto!

Te abraza con todo su corazón tu hermano en cariño — Rafael.

CARTA SEGUNDA

Leonardo á Rafael

Madrid 27 de diciembre de 1868

Sólo puedo contestarte, con la afrenta en el rostro y el odio y la desesperación en el alma, que casé hace dos meses con Teresa... — Leonardo.

LUIS ALFONSO

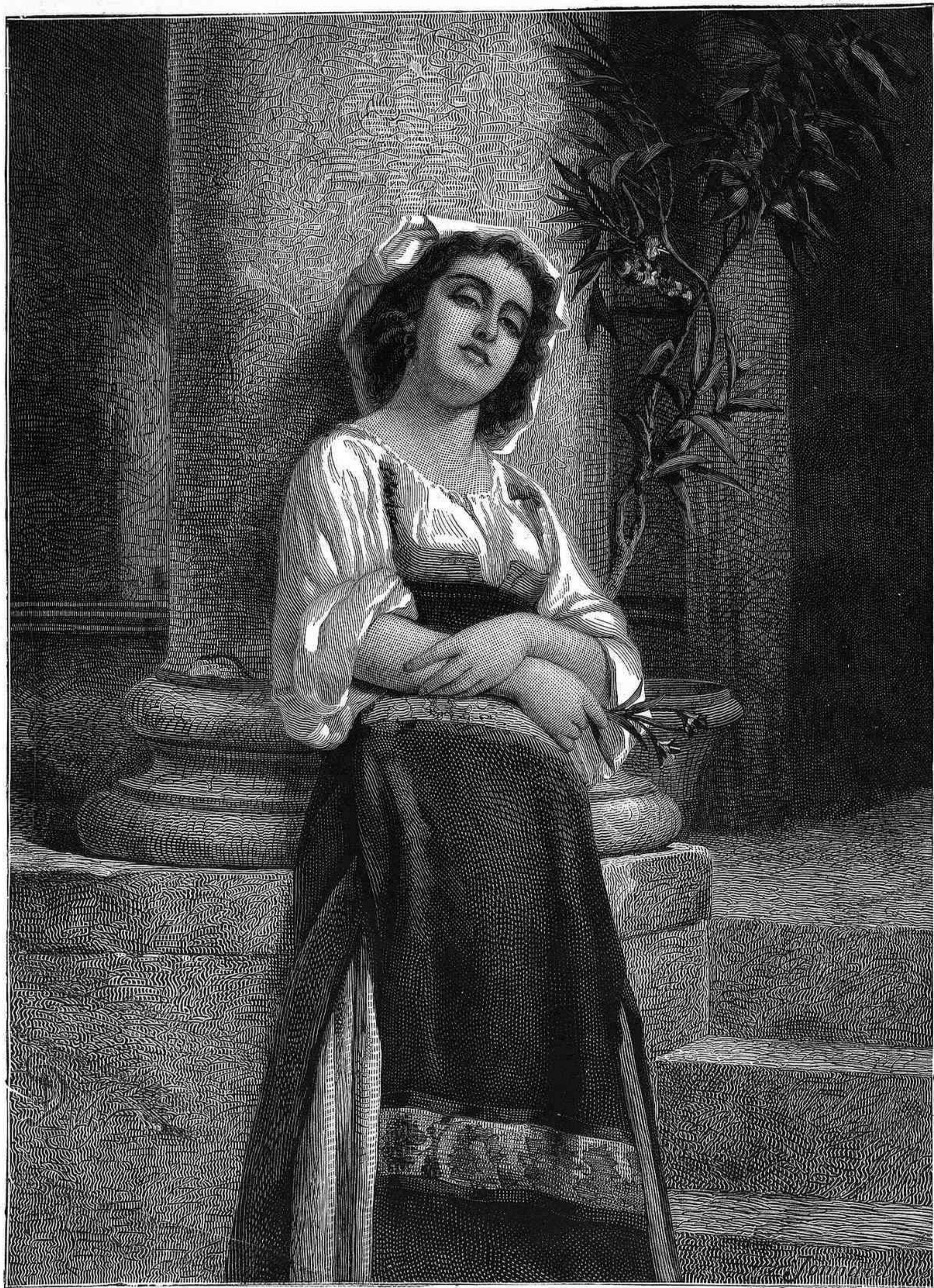
EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

A mi amigo de la infancia el ingeniero de la Armada don Andrés A. Comerma

I

El pueblo de Alcornocal, teatro de la presente historia, era, en el año de gracia de 1877, una aldea de cincuenta vecinos, situada en un pequeño ribazo á doscientos metros próximamente de la vía férrea que une dos de nuestras capitales de provincia. Asentado el ribazo en mitad de una hondonada, rodeaban la aldea altas y próximas montañas cubiertas de bosques de pinos, hayas y robles, por entre cuyas quebradas se despeñaba bramando un río, semejante á un jabalí al que acosan los alanos. Las faldas de las montañas más próximas al pueblo veíanse alfombradas de sembrados y viñedos, formando con sus verdes matices grandes cuadros, tan regularmente distribuidos y en tal disposición, que traían sin querer á la memoria del observador un inmenso enladrillado de azulejos. La hondonada, ni extensa ni reducida, ostentaba en



LA CONTADINA, cuadro de Davis

su mayor parte frondosos olivares que constituían, al decir de los vecinos, la riqueza principal de nuestra aldea, y á la izquierda de la misma, mirando á la vía férrea, á espaldas de la iglesia, abríase un barranco ancho y profundo, poblado de alcornocales, de donde tomaba el nombre Alcornocal. Y á la verdad que para llamarse así no necesitaba el pueblo de semejantes árboles, pues se bastaban y aun sobraban á darle el susodicho nombre los habitantes del lugar, siendo difícil precisar con exactitud si aquellos alcornocales eran lugareños vegetantes ó si eran los lugareños pedazos animados de aquellos elocuentes vegetales, en un villorrio como aquél, sin más vías de comunicación que algunos caminos de herradura conduciendo á los pueblos comarcanos y á la carretera general que á una distancia de tres kilómetros, atravesaba la provincia. En cuanto al camino de hierro, de poco ó de nada servía á los alcornocales, como no fuese de asombro ó distracción, si se tiene en cuenta que los trenes pasaban por allí sin detenerse, como en son de burla, atontándolos con sus silbidos, asfixiándolos con su humo, vomitando á veces insultos y cuchufletas de los viajeros menos cultos, dejando con un palmo de boca abierta, con unos ojos como puños, con las manos apoyadas en sus útiles campesinos, á los honrados cuanto sencillos labradores de aquella triste tierra. De suerte que Alcornocal y sus vecinos, poco menos que encerrados entre dos capitales

de provincia, circundados de riscos y montañas, sin más vías de comunicación que las referidas y viendo para mayor escarnio pasar los trenes que no utilizaban y cuya existencia ni siquiera comprendían, parecíanse mucho á un injusto paréntesis trazado en el mapa por la caprichosa mano del progreso, ya pujante al atacar resueltamente el último tercio de nuestro osado siglo.

En cuanto á la población, arquitectónicamente considerada, si tal adverbio puede aquí serle aplicado, formábanla cincuenta casas ó casuchas, una por vecino, negras y destartadas, distribuídas en una calle con visos de carretera por su sobra de baches y su falta de adoquines, en mitad de la cual se abría una pequeña plaza cruzada por otra calle transversal, más corta que la primera, que iba á morir en el barranco de los alcornocales por un lado y en la hondonada de los olivos por el otro, á lo largo de cuyas calles y plaza holgaban á su sabor muchachos desarraigados ó medio desnudos, cerdos, gallinas y conejos, alternando en el uso de cierta igualdad debida á una naturaleza democrática, con las comadres alcornocalesas, sentadas en bajas sillas de enea, ya esparcidas, ya en corrillos, siempre menguando la calceta, ó retorciendo el huso, ó mondando legumbres á la puerta de sus viviendas. Las voces desaforadas de los muchachos, unidas á las menos estridentes de las comadres; el gruñido de los cerdos, el cacareo de las gallinas, el chirrido de tal ó cual

carreta con su yunta de tardos bueyes, el campanilleo de las caballerías cargadas de despojos campesinos, los cantos ó las chanzonetas de los labradores al volver de sus faenas al hombro la manta y los aperos, todo entrecortado por la esquila de la iglesia recordando á aquellas buenas gentes la salutación del Angel, no dejaban de prestar á la caída de la tarde, cierta rústica animación, no desprovista de poesía á nuestro desheredado Alcornocal. Ni tampoco este último negábale á la vista su lado pintoresco, pues contemplado el lugar desde las montañas vecinas, y sobre todo desde la vía férrea, con sus cincuenta casas agrupadas en torno de la iglesia cuya torre cuadrangular, relativamente elevada, las dominaba todas, ofrecía no poca semejanza con una escuela de párvulos acosando á su maestro, ó con un rebaño de negros carmeros rodeando á su pastor.

Sobre las cincuenta casas de Alcornocal destacábase por su elevación y blancura otro edificio situado en la plaza, fronterizo á la iglesia, de construcción más moderna y esmerada, con estuco y cariátides en el frontispicio, rematando de una parte en ancho y anguloso tejado, y de otra en empinada azotea con antepechos de balaustres y jarrones en las esquinas. Esta casa, llamada el palacio por los lugareños, era propiedad de D. Ramón del Soto, primer contribuyente del lugar y por tanto lo que un político al uso hubiese llamado su cacique.

(Continuará)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

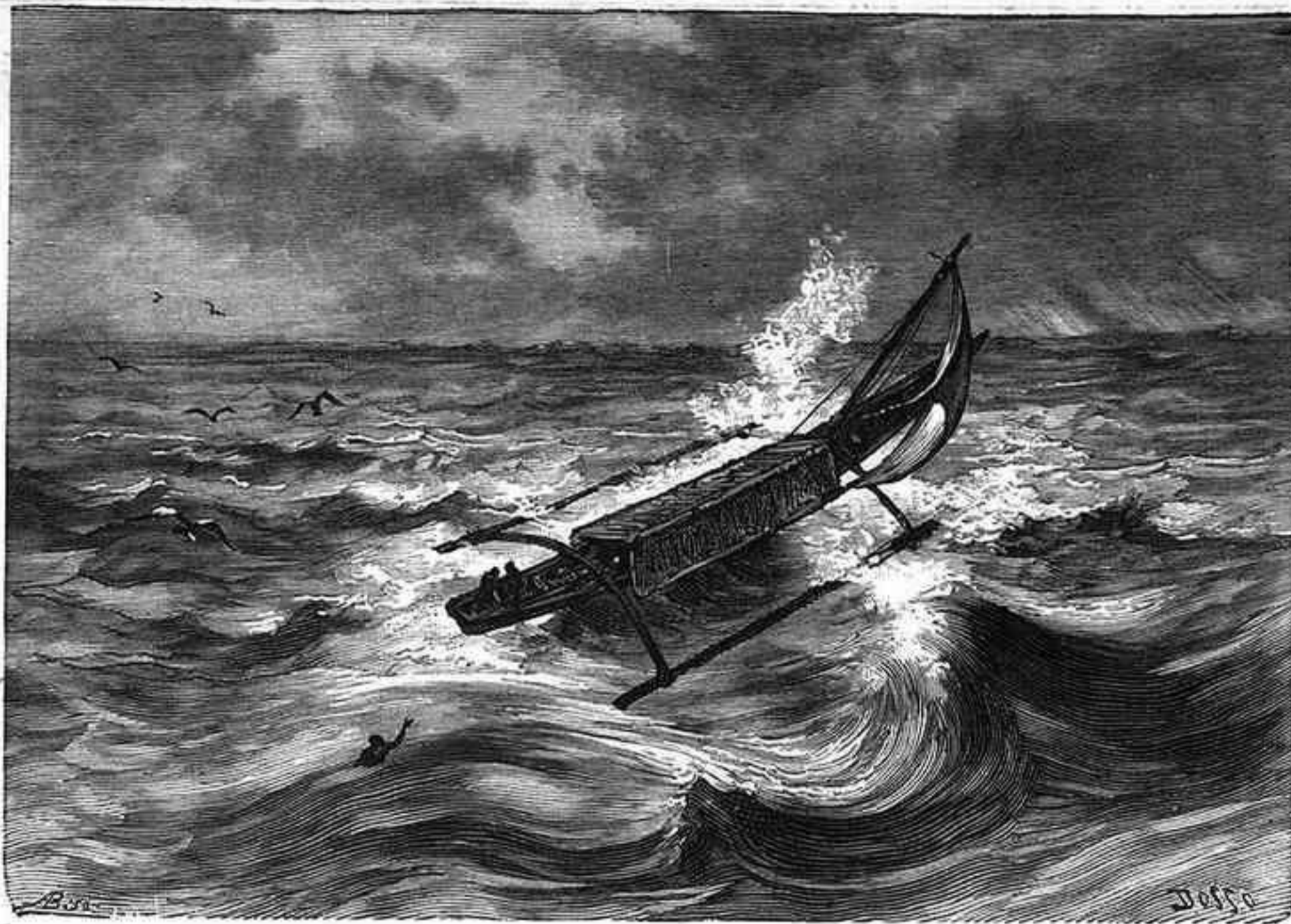
(Continuación)

A la mañana siguiente ha pasado el acceso; cuadrilleros y muchachos parecen avergonzados, y esperan sin duda un enérgico correctivo; pero conténtome con proferir terribles amenazas, menos odiosas, pero tan inútiles como los golpes. Mientras me halle en estado de mandar, estoy seguro de mis hombres, que para obedecerme expondrían su vida sin quejarse; mas si por casualidad pierdo el conocimiento, el recuerdo del castigo no les impedirá seguir los impulsos de su carácter indiferente.

1.º enero 1881. — El año comienza por un *baguio* (tempestad) de excesiva violencia; la fiebre y el mal tiempo me obligan á permanecer en Tubay, cuando tanto tengo que hacer en los alrededores. El capitán del pueblo habla un poco español, pero es sumamente estúpido; hasta cuando habla parece dormido, como todos sus subalternos; pero me da cuatro huevos y seis camotes, que no ha podido obtener sin grandes esfuerzos, á lo que él dice; valiéndome de algunas amenazas, ridículas á fuerza de ser exageradas, le arranco algunas hojas de tabaco húmedo, y lo pago todo sin contar, satisfaciendo diez veces más de su valor. El capitán debería moverse un poco y buscarme algunos víveres; pero no lo hace: todos estos manobos conquistados, antiguos y recientes, caracterizanse por una anatomía incurable.

3 enero. — El viento cesa, y puedo hacerme á la mar para volver á Surigao; el 4 doblo la punta de Bilán en pleno día, y veo algunos grandes bancos de políperos, aunque las corrientes son muy violentas; en toda la costa de Butuán no los había observado, cualesquiera que fuesen las profundidades, lo cual me induce á creer, á pesar de lo que se dice, que su desarrollo depende más de la naturaleza del fondo que de la tranquilidad de las aguas.

Llego á Surigao para meterme en cama, pues la fiebre me sobrecoje con más fuerza; pero ahora estoy en casa del P. Luengo, en un buen convento, donde nada falta. Nunca podré agradecer lo suficiente las delicadas atenciones de mi patrón, las del P. Ricart, y de su auxiliar don José Ubach. Estos religiosos, tan indiferentes para su bienestar, saben buscar para mí los manjares que mejor pueden comunicar algún vigor á mi estómago deteriorado. ¡Qué diferencia entre esto y Tubay! Mis muchachos



Viaje á Filipinas. — ¡Hombre al agua!

tienen cierto aire de arrepentimiento que me conmoviera si no supiera que son incapaces de resistir á la primera tentación.

Muy pronto me restablezco, y preparome á volver á Davao, siguiendo por mar la costa oriental de Mindanao: es el camino más interesante bajo el punto de vista geográfico, objeto principal de esta parte de mi viaje. En efecto, los recientes trazados no llegan por el norte sino hasta la punta Cauít, extendiéndose por el sud sólo desde el cabo San Agustín hasta Baganga. Si se compara el trazado de la costa entre Baganga y la punta Cauít con la carta marina francesa y la hidrográfica española, se hallarán grandes divergencias.

Me advierten en Surigao que en la presente estación es imposible este trayecto; pero probaré fortuna, á costa de retroceder cuando no pueda pasar adelante: en su consecuencia hago mis preparativos, ayudándome con su concurso todos los españoles residentes en Surigao. El coronel Racaj y D. Carlos Herrera me convidan á comer, y me honran, brindando por el buen éxito de mi empresa. Gracias á la intervención del señor gobernador consigo que me alquilen la mejor embarcación del país, montada por cinco robustos marineros bisayas; y el coronel me da cartas de recomendación para todos los capitanes ó gobernadorcillos de su provincia, previniéndoles terminantemente que me faciliten al punto cuanto pueda desear.

Salgo de Surigao, conservando un grato recuerdo de

los pocos días que acabo de pasar aquí. Antes de marchar tengo el gusto de ver al P. Cirici, misionero de Dinagat, y darle gracias por los cráneos que me ha enviado.

11 enero. — Salgo de Surigao á las doce y cuarenta y cinco minutos de la mañana, y llego á las cinco de la tarde á Taganaán, donde como con los PP. Jaime Plana y Santiago Puntas, á quienes ya encontré en Talacogón, en el Agusán. El P. Puntas se dirige á Cantilán, en el Pacífico; de modo que debemos encontrarnos muy pronto. Prosigo mi marcha á las ocho y cuarto de la mañana, á fin de aprovechar una corriente de marea, y anclo á las diez menos cuarto en una caleta del Océano Pacífico, delante del pueblecillo bisaya de Placer. Envío mis muchachos á dormir á tierra, conservando sólo dos; y un poco fatigado, me duermo profundamente.

12 enero. — Me despierto á corta distancia de la costa, encontrándome solo á bordo; durante la noche los muchachos se han escapado; habían salido de Surigao sin un cuarto, según dijeron; pero los marineros conservaban el resto de mis adelantos, y obediendo á la costumbre

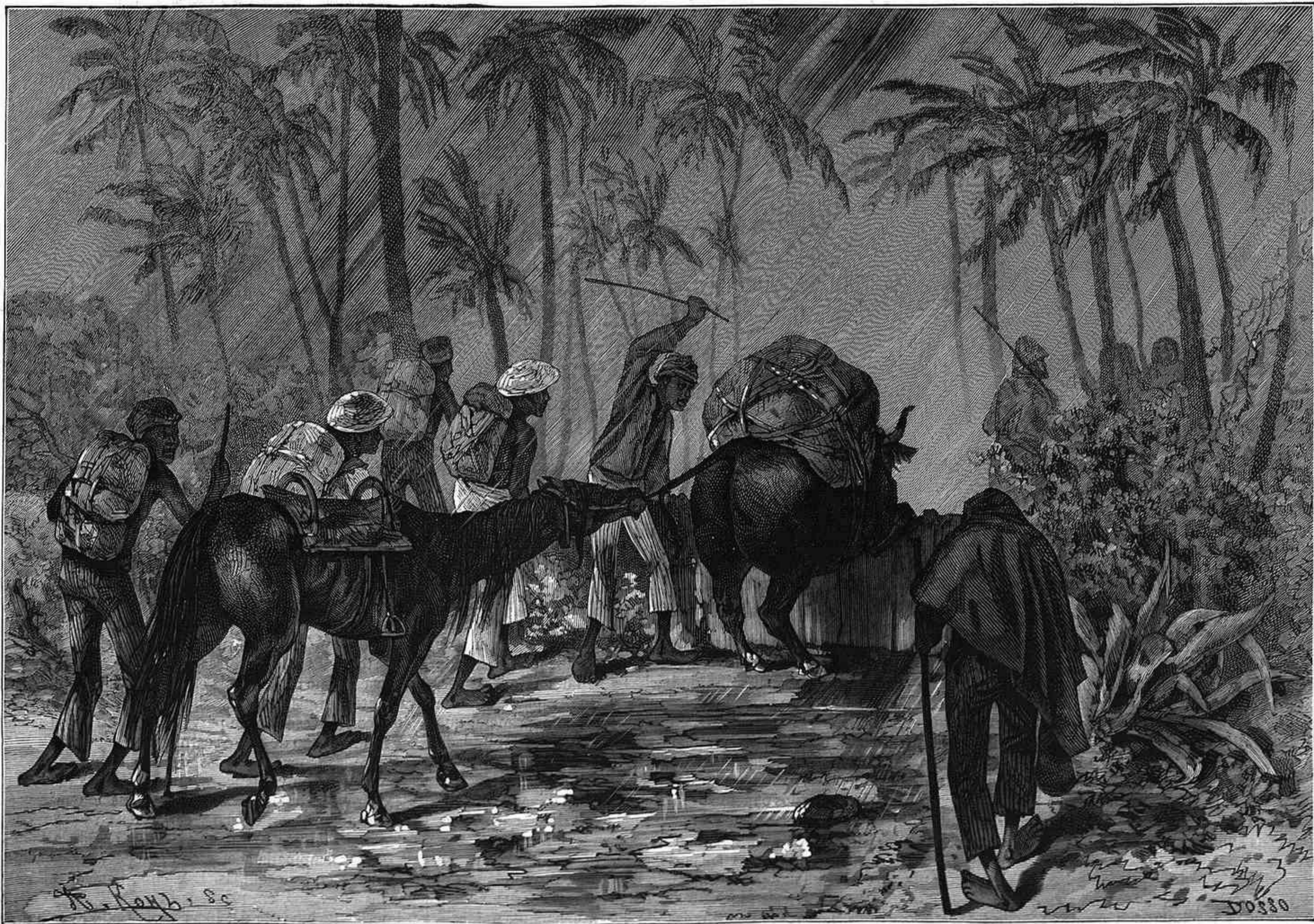
de los bisayas, todos han pasado la noche haciendo libaciones. Por fortuna el viento conduce mi barca á tierra; izo la vela, y muy pronto recobro mi personal.

Salgo á las seis de la mañana. Al sud de Placer la costa sólo está ligeramente protegida por las islas; la brisa refresca y el mar comienza á picarse; á las once mis remeros dan muestras de fatiga, porque han navegado durante cinco horas contra el viento nordeste; mas por fortuna puedo anclar al abrigo de Cabgán, islote situado á media milla al sudoeste de Gigaquit.

La *calla* (1) ha comenzado; dura el 12 y el 13, y apenas podemos tenernos en pie en la playa del islote por el lado del viento; éste se debilita el 14 un poco, y no tardo en echar de ver que mi tripulación ha consumido cuatro veces más víveres de los que debía, dejando averiar los demás; de modo que es preciso ir á Gigaquit á fin de comprar nuevas provisiones. A pesar del estado del mar, los hombres se embarcan sin decir palabra, y enderezo el rumbo hacia el pequeño río de Gigaquit, al sudoeste de Cabgán; el viento que sopla con furia del nordeste me hace franquear con rapidez la zona de los fondos bajos que me separa de la costa; á pocos cables del río las olas son más grandes, y la barca se desliza fácilmente en la superficie.

(Continuará)

(1) Se da este nombre á las lluvias continuas, con borrascas frecuentes, durante varios días consecutivos.



Viaje á Filipinas. — Camino entre San Juan y Quinablangán

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN